



# P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

Alejandro Barrón

## EL DESASTRE LATENTE

Cada vez que la ciudad tiene hambre, deja algunas alcantarillas abiertas.

### JUEGO DE NIÑOS

**A**nuestro tío le gusta jugar a las escondidas. Se lo toma tan en serio, que cada día busca sitios más intrincados para ocultarse. Al principio era fácil encontrarlo, pero poco a poco la cosa fue complicándose. No contento con esconderse, también se encerraba con llave. No contento con encerrarse con llave, volvía el ambiente tétrico y confuso encendiendo unas varitas que despedían olores muy raros. Los armarios son sitios poco fiables, ahí solo hay velas consumidas y estampas de santos y vírgenes. En el jardín deja muñequitos con extraños amarres, cruces hechas con ramitas y raíces. A veces lo escuchamos murmurar unos cantos, llamando a su padre celestial, y a un tal Gabriel. Con frecuencia lo encontramos bajo su cama, pero él hace como si no nos escuchara, ni siquiera abre los ojos. Pero sabemos que nos escucha y que nos ve, porque llora. Qué mal perdedor es nuestro tío, pero qué divertido es jugar con él. Y ahí va de nuevo, a encender esas velas grandes y a esconderse, a murmurar, a llamar a ese padre celestial que nunca le hace caso. Pero, por suerte, nos tiene a nosotros, que sí lo escuchamos y siempre vamos a su encuentro, a consolarlo, para que no lllore tanto.



## SOBRE EL HADA DE LOS DIENTES

El hada de los dientes es una señora con rostro de rata chupada, de hablar dulce y alas de mosca. Quienes dicen haberla tocado, entre el sueño y la vigilia, juran haber sentido que su piel era de textura desigual, de ligamentos oxidados, cortezas duras y carne fofa. Hay quienes aseguran que lleva miles de dientes incrustados por todo el cuerpo, en un intento por lucir un vestido de lentejuelas. Lentejuelas muertas. Perlas fallidas.



El hada de los dientes apenas vuela unos cuantos centímetros del suelo, sus miembros trueñan como ramas secas y si hace frío, al estremecerse toda ella suena el masivo tintinear de los dientes que chocan unos con otros por los calosfríos. Caronte y el Hada de los dientes juegan a los dados tres veces por semana. Si él pierde, paga con las monedas que llevan los muertos sobre los ojos. Si pierde ella, le entrega un niño con todo y dientes. El hada de los dientes vive con el Hombre de la arena en un nido que ambos siguen pagando a crédito

—en la luna— y alimentan a sus hijos con platonos de ojos a la hora de la comida, y bocadillos de dientes, en la cena.

## INSTRUCTIVO

El ser humano es una máquina que funciona a base de recuerdos.

## LA LLEGADA

Con mucho cuidado aterriza la nave sobre la superficie del grano de arena.

## EXPEDICIÓN

Una vez dispuesta la tripulación en sus respectivos sitios, el submarino comienza la inmersión dentro de la taza de té.

¿Qué pasará si muere, qué pasará contigo y conmigo? ¿Eh?

Dos gruesas gotas ruedan por sus mejillas trémulas.

—Venga, ¡dime!

Accidentalmente la nave se le ha caído y se ha roto. Mis mejillas arden de coraje. El niño se arrodilla y busca los fragmentos mientras el llanto se le escapa.

Quisiera hacerle más preguntas. Quisiera reventarlo a golpes. Pero su figura reducida, humillada, de pronto me parte el alma. El pobre quisiera rearmar su nave de juguete, y no puede, la desesperación no lo deja, y llora de impotencia. Sus manos son torpes. El niño solo deseaba mostrarme no los prodigios de su nave, sino de su imaginación. Quería hacerme partícipe de los colores con los que pinta su mundo. Y yo lo he pisoteado todo.

—Levántate... hijo, levántate.

El niño no deja de llorar, por más que me he disculpado. Comienza a hiperventilar.

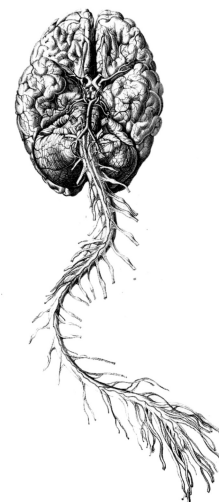
Lo he sentado en mi sitio. He tenido que presionarle las sienas, destaparle la parte superior del cráneo y extraerle el cerebro casi seco de tanto llorar. Miro el interior de sus paredes craneales y noto que una válvula se ha desconec-

tado, originando la fuga de líquido. Desprendo la cabeza del cuerpecito y la dejo en mi escritorio para examinar cualquier otro fallo que pueda tener en los lagrimales y conexiones nerviosas.

Con sumo cuidado he llevado en brazos, como si fuese un cachorro, la masa encefálica hasta el acuario que acondicioné en el centro de mi estudio.

Tan solo sentir el contacto con el agua, ha desplegado sus pequeños tentáculos y se ha ido hasta el fondo, a jugar con algunos barcos de ornato con aspecto de galeones hundidos. A jugar de nuevo que es un buscador de tesoros o un monstruo marino.

Por su forma de moverse noto que está alegre. Ojalá pueda perdonarme.



## LA MÁQUINA DE IMAGINAR

El niño se acerca con sigilo hasta mi pieza. Guarda silencio al verme absorto en mis intentos por ordenar un montón de planos y esquemas polvorientos. Pero su silencio, su mirada insistente me retumban en el cuerpo. Su presencia me descuadra la concentración. Detengo mi carrera frenética y lo miro de reojo.

Él me llama *papá*. No sé si es una burla, humillante y punzante burla. Que no me llame *papá*, que no me recuerde mis desgracias, pienso. Que no me hiera de esa forma.

Me muestra lo que llevaba oculto tras de sí. Una nave espacial de plástico. Un juguete que, con amagos de llanto, me hizo armar el fin de semana pasado. Una nave espacial cuyos propulsores a veces funcionan, tal vez le coloqué unas

baterías desgastadas, tal vez no ajusté del todo bien los cables.

Esta nave vuela muy alto, dice. Yo asiento.

Esta nave también es acuática, dice. Yo asiento.

Esta nave puede ir a otras galaxias, dice. Yo asiento.

Mientras me enumera las cualidades de su nave, voy manoseando los papeles que necesito poner en orden.

Esta nave está tripulada por ti, por mí y por mamá, dice. Yo guardo silencio.

—¿Ah, sí? —pregunto, —y dime, ¿dónde instalarás su cama, su respira-

tor artificial a qué fuente tan potente de energía lo conectarás? ¿Has pensado en la cantidad de tanques de oxígeno que tendrás que cargar para que pueda sobrevivir al viaje? ¿Has contemplado la posibilidad de que no pueda resistir?





## INVENTARIO DE MÁQUINAS INÚTILES

EOLAS EDICIONES - 2021

### XXX

Tras varios meses de incansable viaje, en una barca improvisada y a medio hundir, el náufrago por fin logra llegar a la orilla de la bañera.



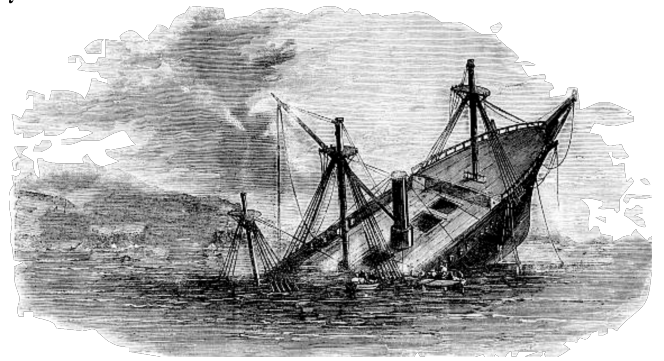
### RATAS

Las aceché por todos los rincones de la casa; por las paredes, y a través del techo. Envenené cada recoveco. Con su escopeta fue tras ellas e incluso mató algunas. Pero lo sobrepasaban en número, tan solo escucharlas trajinar detrás de las paredes, sabía que eran miles. Por las madrugadas sentía sus diminutas miradas siguiendo sus pasos insomnes, escuchaba sus pequeños hocicos mordiendo los tapices, destruyendo sus anhelos. Con el hacha hizo añicos casi todos los muros de la estancia, durante meses, esperando encontrar a su matriarca, degollarla y destriparla con sus propias manos. Día y noche fue tras ellas. Al final decidió prenderle fuego a todo, a la casa, al granero, a sus ilusiones. Y a pesar de eso las sigue escuchando, ahí, royendo las paredes de su mente. Día y noche.



### VII

Una vez consumado el naufragio, del camarote de la hermosa niña ahogada salen las sábanas de seda presurosas al encuentro de sus primas las mantarrayas.



### XII

Confinado en el almacén, el maniquí juró venganza.

### MARTIRIO

Tuvieron que encerrar a mamá en el sótano. Desde su regreso no había dejado de acosarlos ni por un instante con todo tipo de sermones; que si la casa estaba hecha una ruina, que si ya nadie se dignaba a lavar una simple cuchara, que si las cortinas estaban bastante cargadas de polvo, que si no tardarían en entrar las vacas y las gallinas y los cerdos de la granja contigua. El piano estaba desafinado y apollillado, y aun así ella se empeñaba en tocarlo a las tantas de la noche, tan solo para desquiciarlos. Entonces, tuvieron que encerrarla en el sótano. Se desconoce de quién fue la genial idea de desenterrarla.

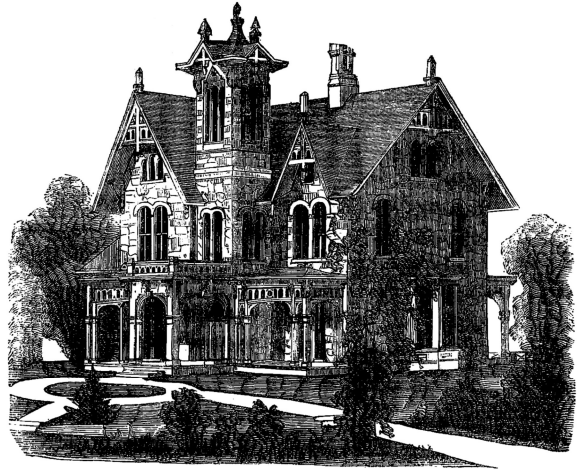
### TRAS BAMBALINAS

Incrédulo y desorientado, el titiritero se lleva la mano al pecho sintiendo cómo el infarto abraza fuerte a su corazón farandulero. Testigo incidental e involuntario, el títere gira la mirada a otro lado.



## HÁBITOS

**L**o primero que hago al despertar: descorrer las cortinas de las ventanas. Me cerciero de que la estufa funciona correctamente encendiéndola varias veces; no me fío de ese cacharro después de tantos años. Abro un par de grifos para revisar que las tuberías no estén estropeadas. Si es necesario, enciendo la chimenea. Cierro algunas puertas por las que siempre entran corrientes frías. Por las tardes, cuando ya todo está en orden, pongo algo de música en la radio, o prendo la tele para entretenerme un rato. Ya por la noche, antes de dormir, abro bruscamente y de par en par la regia puerta principal, por si acaso los que me habitan se han decidido por fin a huir despavoridos.



## EL DECADENTE

Al ver que la modernidad lo invadía todo, lo devoraba todo y lo arrasaba todo, no vio necesario que los operarios utilizaran la maquinaria pesada: el último edificio antiguo de esta ciudad se derrumbó de pura tristeza.



## MECÁNICA DE LAS ILUSIONES

La abuela abre sus grandes ojos apesadumbrados. Levanta sus brazos y me dice *Vén*. Me abraza. Me acurruco en su regazo y comienzo a contarle mis penas, mis miedos e ilusiones. Mientras tanto ella tararea una viejísima canción de cuna para tranquilizarme. De pronto se calla. Sus brazos me sueltan y sus ojos se cierran. Habrá que echar otra moneda por la ranura que tiene en la cabeza.

## CAJAS

**T**engo una caja de los recuerdos. Hasta hace poco creía que todo el mundo tenía una, pero me equivoqué. Según me he enterado, muchas, muchísimas personas prefieren no recordar. Los recuerdos cortan, hieren, golpean. En cambio, a mí sí que me gusta recordar.

Guardo todo: desde un simple boleto de autobús, los juguetes preferidos de mi infancia, la pluma de un ave, las cartas de amor de mis padres, hasta los viejos daguerrotipos de mi bisabuelo. Procuero conservar todo aquello que me ha hecho feliz. Sin embargo, hace poco me di cuenta que una sola caja de los recuerdos me resultaba insuficiente. Mi hermano apenas cabe en una, y mis padres ni se diga.

## MALA SUERTE

**E**l incendio avanzó con tal voracidad y rapidez que el fantasma no tuvo tiempo para rescatar su sábana del tendedero. Consumada la tragedia, intentó remendarse un nuevo traje con los restos que dejó el desastre. Desde

entonces deambula acojonado por las ruinas de la antigua casona, pobremente disfrazado de sombra.



## XI

El viejo armario donde guardo mis juguetes se encuentra repleto. No hay espacio para un cadáver más.

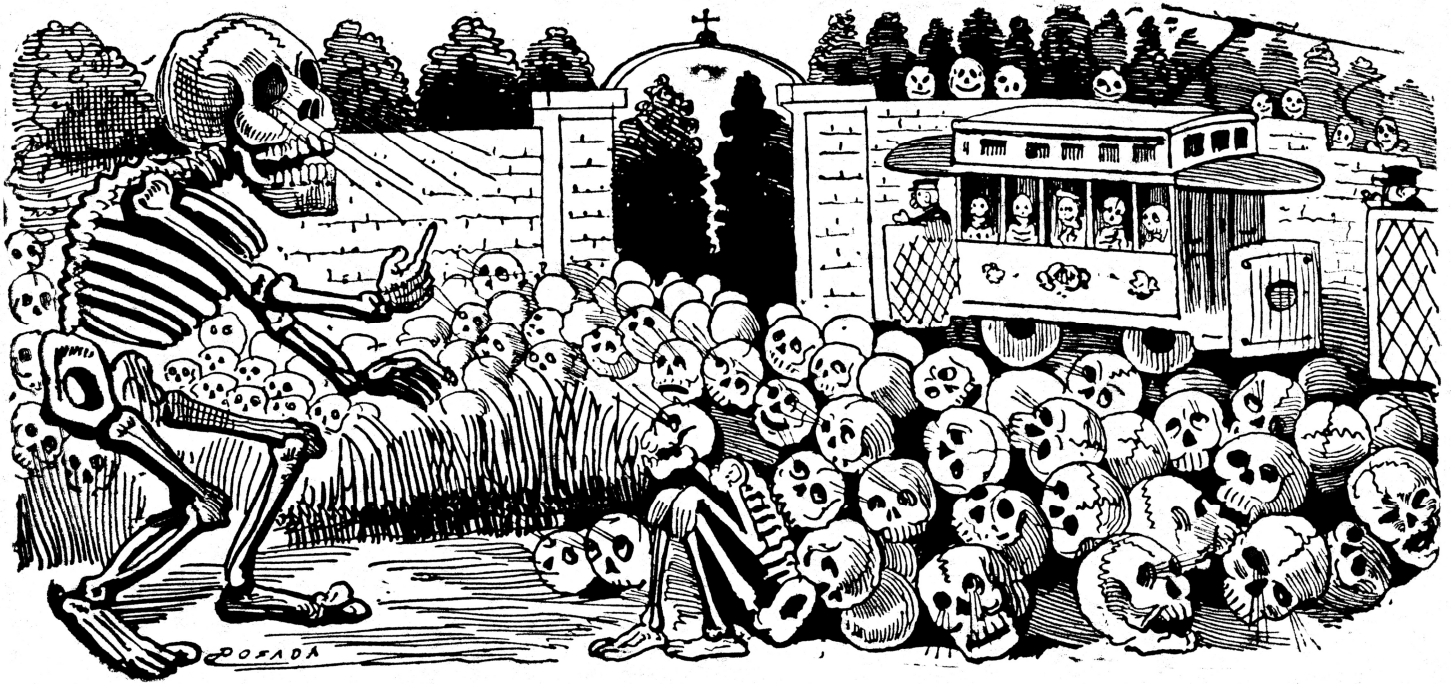
## DE ALGODÓN Y MADERA

Tengo hijos diferentes para cada día de la semana. No lloran, no escupen, no hacen rabietas. Ríen mucho, siempre están riendo, por todo y por nada. ¡Son tan alegres los pequeños granujas! Al regresar del paseo los pongo en sus cajas. Y en la noche, cuando todos están durmiendo, juego a que los sepulto en el jardín.





RELATOS DONOSTIARRAS



EN DEFENSA DE LOS FANTASMAS

Yo no sé por qué la gente detesta a los fantasmas: son seres que te mueven las cosas de lugar para que las tengas a la mano. Nadie los comprende, quieren ser útiles aun después de muertos, te encienden la tv o la radio, la estufa o las luces sin que lo tengas que hacer tú. En la radio, simplemente dónde puedes encontrar sus huesos para hacerles el favor de llevarlos a donde se debe. Luego se aparecen de vez en cuando para hacerte ver que no estás tan solo, después de todo.

LA REVELACIÓN

Sucedió hoy dos veces: mientras se estaba duchando y un par de horas después, mientras terminaba su whisky vespertino. En ambas ocasiones no pudo llegar a tiempo a donde había lápiz y papel: *La revelación* se le había olvidado. Era injusto, desesperante, experimentaba frustración, horrible, horrible frustración. Era una broma cruel. Se golpeaba las sienes, se golpeaba la cabeza contra la ventanilla del tren cuando iba camino al trabajo, y se la golpeaba también de vuelta. En más de una ocasión el ofi-

cial de a bordo le pidió que dejara de hacer eso.

Él llamaba *La revelación* a ese momento repentino y desgraciado, en el que entraba en una especie de trance de apenas diez segundos. Lo veía todo muy claro, liso, diáfano, casi podía hasta tocarlo con la punta de los dedos: un nueve, un treinta y dos, dieciocho, catorce, siete y finalmente un once luminoso. Los números ganadores de la lotería.

Pero *La revelación* le duraba muy poco tiempo anclada en su memoria. Los números aparecían y desaparecían como el paso de un tren furioso. Y este, nuestro pobre personaje, no tenía manera de registrar nada. Siem-

pre en el peor momento, en el peor lugar. Treinta o setenta millones, o el gran premio de doscientos, se le esfumaban impotentemente.

Se consideraba a sí mismo el ser más desgraciado del mundo, sobre todo por las noches cuando, en la pantalla de su televisor veía sus números ganadores a todo color, y exclamaba con gran amargura: ¡Esos eran mis números! Cada vez que podía frecuentaba aquel bar en que un mal día de noviembre, junto a él se sentó un viejo bohemio y sonriente, bonachón en su miseria, que le pidió de buenas a primeras que le invitara a un trago. Lo invitó a tres. El cojitranco entonces le preguntó por aquello que más ilusión le hacía tener

en su vida. Y este sin chistar dijo: los números ganadores de la lotería.

—Concedido —dijo el viejo mientras se iba del sitio.

No lo volvió a ver.

Y era verdad. A diario tenía los números ganadores de la lotería, como si los viese en un escaparate. Eran suyos de manera totalmente legítima. Pero su memoria no los retenía. Y cada día que pasaba se volvía más hosco, taciturno, desgraciado. Cada día un poco más.

Dedicaba tres o cuatro horas a estar sentado en silencio en la mesa de la cocina, papel y lápiz en mano, esperando el momento en que se le presentara *La revelación*. Pero esta no llegaba. Y justo cuando desistía; justo

cuando se metía a la ducha, ahí estaban en su mente los cinco números ganadores más la cifra especial. En una ocasión estuvo a punto de sufrir una caída grave por intentar salir de la ducha a todo correr.

Había ideado dejar papeles y lápices por todos los rincones de su casa. Las paredes estaban rayoneadas con cifras incompletas, perdedoras. Cualquiera que hubiese visto eso habría desviado la mirada a otro lado, dejado su espíritu invadir de temor y al final, puesto un pretexto más o menos creíble para abandonar aquel sitio.

*La revelación* se presentaba con frecuencia en el umbral del sueño, en esa

línea delgadísima entre la molicie y la vigilia. Y después, el insomnio, la frustración. La casa de ensueño en la costa francesa era invadida, ultrajada por la humedad, el óxido salitroso y las plantas trepadoras. Sus ilusiones se desplomaban, eran demolidas por la incertidumbre, por el fracaso.

*La revelación* era un fantasma, una telaraña, el borde filoso de un mueble con el cual chocaba el dedo gordo del pie izquierdo espiritual.

*La revelación* entorpecía las horas de trabajo. Hacía pensar a los compañeros y a los jefes que algo no iba bien. Unos decían que era fatiga por falta de sueño, otros opinaban que tal vez

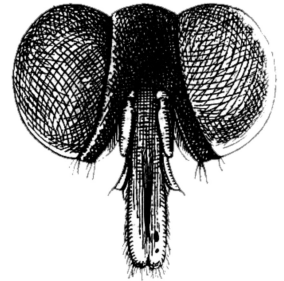
era por abuso de sustancias o algún tornillo zafado.

*La revelación* era una mariposa con alas de cuchilla de afeitar. Nuestro personaje se fue consumiendo poco a poco. Tenía trabajos ocasionales que le daban para lo indispensable, algunos tragos y algo de tabaco.

En una ocasión, pasados los años, entró a un bar y de buenas a primeras le pidió al hombre que estaba a su lado en la barra que lo invitara a un trago. Este lo invitó a tres. Quiso preguntarle qué era eso que más ilusión le hacía tener en la vida, pero en ese momento comenzó a llover y prefirió irse a casa, antes de que la tormenta arreciara.

## PESADILLA

Una mosca en la pared crece y crece conforme voy alejándome de ella, volando.



## ERRATAS



Dislexia. Más tarde, se van a reposar a sus respectivas páginas, a amargarle la existencia a los discursos bienintencionados que no llegarán a alcanzar la potencia del buen entendimiento. Todas las mañanas pasan frente al templo de lo resarcido —una vergonzosa hoja de correcciones— que ha sido erigido gracias a ellas, a su nombre y a su gloria, y estas no tienen más que arrodillarse, persignarse y salir a hacer sus recados del día.



## ESFINGE

**E**sas señoras se la pasan royendo libros que prometían algo y no cumplieron nada. La fe mueve montañas y las erratas tienen tanta, que con su sola presencia destrozan ediciones imponentes. Basta con estarse ahí, quietas, no es necesario algún esfuerzo extra. Exhibicionistas de la imperfección, se regodean a sus anchas. Por la tarde se reúnen en el café de siempre, a hablar de sus proezas, a burlarse de toda esa gente que durante el día lograron confundir y mandaron por senderos inciertos, escabrosos. Al final de su modesto aquelarre renuevan su juramento de lealtad a la diosa

**A** las seis de la tarde metía la cabeza por aquel orificio incómodo y durante tres horas se dedicaba a relatar cómo al desobedecer a su madre e irse de juerga despertó al día siguiente convertida en la mujer cocodrilo. Los niños quedaban impresionados, los jóvenes soltaban risitas burlescas y los adultos procuraban que los niños escucharan lo que la mujer cocodrilo contaba entre sollozos. A las nueve terminaba la exhibición y retiraba la cabeza del orificio infecto. A las nueve y media le

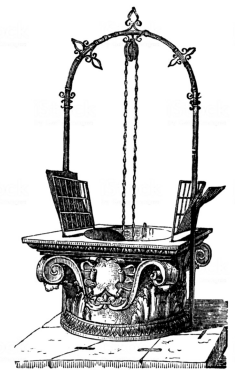


servían un gran trozo crudo y sangrante de carnero. A las diez volvía a su jaula donde, antes de dormir, se pasaba un buen rato lamiendo cada rincón de su cuerpo felino.

## TEORÍA SOBRE LOS POZOS

**L**os pozos resultan una guarida interesante para toda clase de espectros y ensoñaciones demoníacas, monstruos de la imaginación que nunca terminan de animarse a emerger y aterrorizar a gente sedienta de emociones. Nido de sombras dormidas,

un pozo se gana la vida ilusionando a niños y a incautos con la realización de sus disparatados deseos a cambio de una moneda. Los pozos guardan en sus entrañas tesoros varios, secretos, raras especies de sapos, incluso uno que otro ahogado.



## EL EXTRAÑO INQUILINO

**G**rande fue el desconcierto. A R francamente no lo decepcionó el hecho de haber eviscerado su aparato de radio, tan solo para encontrarse que dentro de este habitaba un ser diminuto, exiliado de un planeta lejano



cuya existencia había sido fulminada algunos siglos atrás.

Para R esa radio era su única compañía; el ínfimo contacto con el exterior, y de pronto se va enterando que era habitada por un ser diminuto, que había montado dentro de ella un sencillo dormitorio, una modesta biblioteca y lo que parecía ser un laboratorio.

Lo que sí decepcionó a R fue darse cuenta de que esa radio jamás funcionó, le habían vendido un aparato inservible. Todas aquellas noticias que había escuchado a través de los meses y los años no habían sido más que inventos y disparates del ser diminuto que habitaba dentro del cascarón de madera, transistores y circuitos fundidos.

Pensó de pronto que nada de eso era real, que se trataba de algún *lapsus*

*brutus*, producto de su aislamiento sistemático y prolongado.

Aprovechando la confusión, el ser diminuto sacó de uno de sus diminutos bolsillos un diminuto cigarro y lo encendió. El humo púrpura era real.

R no supo qué decir ni qué hacer frente a ese extraño inquilino, acaso ofrecerle algo de beber —un café o una infusión—, ofrecimiento que fue aceptado con leve entusiasmo.

—Con una de azúcar —dijo el ser diminuto.

R pensó en ponerle raticida a la bebida, o echarle una cucharada de lejía, incluso pensó en lanzarse por el balcón. Pero el gran problema, el problema principal radicaba en el hecho de que no tenía una taza tan pequeña.

## REBELIÓN

Y un día despiertan de su letargo y salen de sus tumbas polvorientas. Sus rostros son inexpresivos, pero en sus espíritus de plástico llevan germinada la rabia de aquellos que durante décadas fueron expuestos como viles objetos de adorno, para beneficio de la vanidad en su máxima expresión. Se rebelan al unísono, salen a las calles y generan un caos que les sabe a gloria. Se desnudan y andan libres, colmados de hastío sueltan manotazos, se arrojan de los puentes y provocan masivas colisiones. Mientras más daño causen, mejor, no importa si en el proceso de la revuelta quedan hechos pedazos, de todas maneras, no esperaban echar raíces, ni morir de viejos. Un día prometieron en silencio que despertarían en el momento menos esperado, y mientras tanto a lo lejos se puede ver la humareda de los destrozos que han causado. Una vez reducido el último de ellos, la población se irá directo a las fábricas donde han sido moldeados y ensamblados, para quemarlas, para desterrar todo rastro maldito, para asegurarse que nunca más, ningún maniquí asesino cobre vida y reclame lo que jamás fue suyo.



## EL AUTÓMATA

Por una moneda escribía cartas de amor.

Por dos, tocaba una linda pieza en el piano. Por tres se descubría el pecho para

mostrar el misterioso mecanismo que lo impulsaba. Pero por cuatro preciosas monedas, mostraba su corazón fresco, que nunca era el mismo.

## ESTAMPAS DEL FINAL

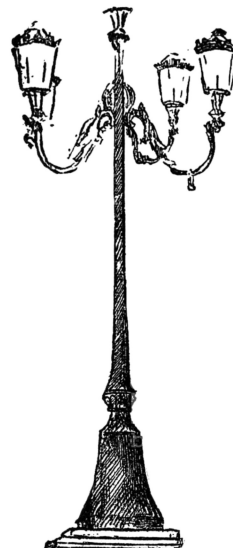


Se abrazan los amantes  
mientras miran  
desnudos  
a través de la ventana  
la expansión del  
hongo atómico.

En el templo derruido  
por los bombardeos  
las estatuas  
son invadidas  
por la hiedra.

Se tiñe el río  
con el rojo  
de la sangre  
de los combatientes  
que no terminan  
de morir.

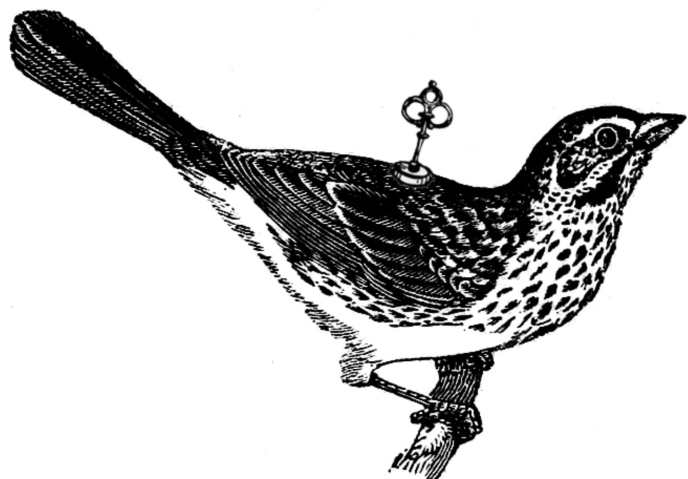
El faro ilumina  
una ciudad  
en donde  
no vive  
nadie.



Se abalanza  
la jauría  
sobre la mujer  
y su hijo  
recién nacido.

Miran las estatuas  
desde sus pedestales  
indiferentes  
cómo va muriendo  
el día y la gente.

En una fábrica  
abandonada  
un androide  
sin nociones del  
tiempo/espacio  
continúa fabricando  
rifles.



Se posa  
el pájaro mecánico  
sobre las ramas  
de un árbol muerto.

Entre los casquillos  
de metralla  
marchan  
las hormigas.

Entre los restos  
de los aviones derribados  
una lagartija  
mira el ocaso.

Un anciano vigila  
desde la barricada que  
levantó en su casa

En medio de la noche  
navega a la deriva  
un barco  
sin tripulación.

tiritando de frío  
se percata  
que las fuerzas  
lo han abandonado  
haciendo un esfuerzo final  
apoya la cabeza sobre  
el cañón de su rifle

Parpadea una luz  
en el décimo piso  
de aquel edificio  
abandonado.

presiona el gatillo.

Cruza  
una estrella fugaz  
por el cielo

nadie pide  
un deseo.

Entre la chatarra robótica  
buscan los niños  
mutilados  
una pierna  
una mano.



Alejandro Barrón es narrador, poeta y editor underground. Estudió Comunicación en su ciudad natal, Tepic. Ha publicado las plaquettes de microrrelatos *Patrañas* (2014), *Desquiciados* (2016) y *Mozalbetes* (2017), así como los libros de narrativa breve *Pinche Malena* (2016), *Tragedia en cinco actos* (2018) e *Inventario de máquinas inútiles* (2021). Su trabajo narrativo y poético ha visto la luz a través de antologías, revistas, diarios y

sitios electrónicos de México, Chile, Perú, Colombia y España. En 2018, tras residir más de siete años en la Ciudad de México, decidió mudarse a Donostia-San Sebastián, País Vasco.

Autor de temas macabros, desconcertantes y oscuros, observador de las estructuras, obsesionado con lo espectral y lo melancólico; su obra no ha sido traducida a ningún otro idioma, aunque las malas lenguas digan lo contrario.



Puedes adquirir un ejemplar de *Inventario de máquinas inútiles* en la web de Eolas Ediciones, escaneando este código QR.

Las máscaras antigases  
están apiladas

Un artefacto venido  
de algún confín extraño

forman una pirámide  
monumento a la desgracia  
del que nadie se percata.

se ha estrellado  
en un campo estéril y solitario  
sus ocupantes no han logrado  
escapar del siniestro.

Aprovechando  
la confusión  
de la multitud  
la libélula ha emprendido  
el vuelo  
con un niño  
entre sus tenazas.



Fatigada de un vuelo  
accidentado  
la mariposa descansa  
sobre un cráneo  
a medio hundir  
en el lodo.

## FIN DE UNA ERA

Con mucha paciencia anidan las  
golondrinas en la cuenca  
vacía del cráneo del  
último gigante  
del planeta.